

Dejé a Manu en casa y en unas horas hice lo que había postergado durante meses, durante años. Por la noche hablé con el jefe de cocina del restaurante, con Julieta, con mi madre y con Carmen; a la mañana siguiente con un agente de viajes y al fin, al mediodía, con Dolores en Buenos Aires. Todos estuvieron de acuerdo, sin demasiadas reticencias, y cuatro días más tarde me despedía de mi familia en Lázaro Cárdenas. Fue tan rápido como eso, aunque en realidad no es cierto que haya sido automático - cada paso duraba el doble que el anterior, cada conversación se demoraba horas, días, siglos, cada certeza llegaba cada vez más tarde, pero al final del camino esperaban el aeropuerto y Buenos Aires, o en realidad la cama de hospital de mi padre: la ciudad que estaba alrededor, el país todo, no tenía ningún peso en una decisión que más que de la nostalgia nacía del amor filial, y que por primera vez era mía. Mi madre y Carmen llevaron a escondidas un pasacasette al aeropuerto y mientras me alejaba hicieron que la voz de Carlos Gardel me despediese con aquello de "volver con la frente marchita", pero a los gritos les dije que sacaran esa pinche rola, que cuando volviera sería a este lugar y sería pronto. Este lugar. Por primera vez me iba de alguna parte, por primera vez estaba en alguna parte para poder irme y volver: volver a Buenos Aires para volver a DF, a Carmen, a la familia que me queda.

Subí al avión, que se elevó unos metros desde la ciudad más alta del mundo para descender ocho horas más tarde al nivel del mar. Muchas veces había imaginado el recorrido, que de niño dibujaba en los mapas de la escuela como una línea roja punteada que iba, recta, de DF a Buenos Aires: nada parecido a

este vuelo económico que, demasiadas escalas y muchas horas después, me dejó en Argentina con la sensación de haber hecho el viaje a pie. Junto a mí, dos parejas que regresaban de sus vacaciones intercambiaban historias de Acapulco, de Mérida y de los sitios turísticos del DF - no se conocían, pero ya en la fila para entrar al avión hablaban como si fuesen hermanos reencontrados. Cuando me escucharon hablar con la azafata decidieron por el acento que yo era mexicano y me excluyeron de la conversación.

Antes de salir había separado algunos textos de la facultad para estudiar en el vuelo: al regresar debería rendir varios exámenes, y en Buenos Aires pensaba conseguir material para completar de una vez mi tesis de licenciatura. Carmen había dicho, mientras me veía guardar los libros en el bolso de mano, que no me hiciera esperanzas de poder estudiar en el avión, pero fue sólo después de la escala en Santa Cruz de la Sierra cuando comencé a anticipar la llegada a Buenos Aires. Aún faltaba Santiago de Chile, y luego el cruce de la cordillera, y desde allí atravesar la cintura del mapa que mi padre me había hecho memorizar mil veces (no le importaba que no distinguiera Guerrero de Michoacán, pero guay de mí si confundía a San Juan con San Luis). Ya bordeaba el contorno y era suficiente como para sentirme cerca, con cada paso más cerca que nunca antes. Cuando vi a mi padre en Cuba había sido igual, el final del vuelo era una cuenta regresiva, pero no tanto como ahora - había dos reencuentros, o un reencuentro y un regreso, aunque en realidad se trataba de un regreso y una despedida. Llegué a Santiago de Chile pensando en mi padre, en verlo morir, en cómo decirnos las últimas cosas, pero en las dos horas y media que quedaban de vuelo no hice más que descontar segundos, apenas distraído por el paisaje del otro lado de la ventanilla hasta que caí en la cuenta de que cruzar esas montañas era una forma de cruzar una última frontera. Entonces supe, como cuatro días antes había sabido que debía subir a un avión, que viajaba para dos despedidas, que después de despedir a mi padre e irme de Ezeiza jamás volvería a pisar Buenos Aires.

Como todo, en mis primeras horas en Buenos Aires hubo sólo algunas de las cosas que esperaba, y otras que no pensaba encontrar. El aeropuerto no es como lo describían los argentinos, aunque la terminal de arribos comparte con la de Lázaro Cárdenas ese infierno de fórmicas color arena y pisos de hule que en 1950 se pensaba representaban el año 2000 - sin siquiera una puerta de por medio se llega a la hipermoderna terminal de salidas, pura luz y pantallas de computadora y escaleras mecánicas, que es como en 2002 se supone debe representarse el año 2000. El aeropuerto está demasiado lejos de la ciudad, más lejos que en DF al menos, aunque es cierto que se tarda menos en atravesar la Autopista Riccieri que el Periférico. No reparé demasiado en el paisaje, ocupado como estaba en el parte médico que me daba Dolores: el estado de salud de mi padre era aún más grave de lo que nos contaban por teléfono, los médicos parecían haber perdido las esperanzas de que los tratamientos fueran eficaces y sólo restaba esperar. Dolores lo decía como si hubiera explicado lo mismo miles de veces, no tanto a los demás sino a sí misma, y por su tristeza comprendí que mi llegada se había producido en el momento justo - la lucha de un desahuciado existe mientras sea posible negarse a la resignación, y yo venía a ser el corredor fresco que toma la posta cuando los que empezaron la carrera están a punto de rendirse. En México conocí personas que se habían curado de las enfermedades más incurables con remedios de vieja y rezos a la Guadalupe (algunas con los meros rezos), y otras que habían muerto de las enfermedades más ridículas en los hospitales mejor equipados. Lo que había respondido Julieta a mi pregunta de por qué no me acompañaba ya no me resultaba tan desacertado: "prefiero reservarme para el final". Si la agonía de

mi padre se prolongaba lo suficiente como para que mis fuerzas comenzaran a agotarse, ella tomaría la posta hasta el fin de la carrera o el siguiente relevo, aunque lo que me había anticipado Dolores no dejaba lugar a tales esperanzas. Mientras llegábamos al centro de la ciudad y nos metíamos en el estacionamiento de la clínica pensé que los momentos difíciles son siempre egoístas, que la gente que entonces nos rodea es apenas, para quien la necesita, carne de cañón.

Cuando entré a verlo mi padre dormía entre monitores, máquinas y bolsas de líquidos transparentes. Quizás por esas máquinas y sus interfases (los tubos clavados en su brazo, los cables conectados a electrodos en su pecho, una manguera transparente que llevaba oxígeno a su nariz) pensé en una computadora, y busqué un lugar en donde enchufar la notebook para poder chatear con él, preso en alguna parte de un cuerpo que se negaba a seguir. La enfermedad y las drogas le habían comido la carne; la piel, sobre los huesos, estaba camuflada con hematomas. Inconsciente, pero las máquinas a su alrededor no dejaban de hablar por él: curvas, pulsos, tiras de papel que se desenrollaban, números que oscilaban en las pantallas, misteriosas señales que Carmen hubiera podido descifrar pero que, sin traductores, se convertían en amenazas.

Las enfermeras saludaron a Dolores, y también a mí - "No te das una idea de cuánto esperaba tu papá que vinieras". Lo dijeron con alegría por mi llegada, pero había también un dejo de resignación, como si ahora hubiera que encontrar otra meta a cumplir, otro nuevo plazo mágico. Recordé el viaje a Chiapas que habíamos hecho con Lucas y mis cuates, cuando habíamos andado durante días de un pueblo a otro a través de caminos abiertos a machete. El final del recorrido estaba tan lejos que dividíamos el viaje en metas ínfimas - llegar a aquel árbol, detenernos a descansar en quince minutos, encontrar el próximo claro para beber un poco de agua. Mi padre quería verme antes de morir, y las enfermeras temían que, cuando llegara a ese punto, todo al fin se apagaría (las máquinas, mi padre).

Dolores sugirió que lo despertáramos ("se va a poner contento de verte"), pero preferí dejarlo dormir. En los días anteriores había fantaseado con infinitas variaciones del encuentro que iban desde lágrimas y promesas de un largo y

más feliz futuro hasta la comitiva que me esperaba en el aeropuerto para asistir a un funeral que se había anticipado: nada me había preparado para guardar vela junto a su cama, para vigilar el movimiento débil y rasposo de su pecho al mover apenas las sábanas que lo cubrían; nada me había anticipado esta imagen de mi padre con la que debía enfrentarme. Tras una hora de esperar en silencio a los pies de la cama, Dolores propuso que lleváramos las valijas al departamento: mi padre había pasado la noche entre la vigilia y el sueño, agitado por los nervios de verme, aturdido por los medicamentos, y yo de seguro necesitaba al menos cambiarme la ropa. El vuelo me había agotado, pero decidí cumplir desde el principio con mi papel y le dije a Dolores que llevara ella mi maleta, que yo haría guardia en el hospital mientras ella descansaba, que ella también había pasado una mala noche. Entonces me quedé solo con mi padre, y mientras él dormía le platicué algunas de las cosas que tenía para decirle: sólo las malas, sólo las dolorosas. Para las otras habría tiempo cuando pudiera escucharme y le hicieran bien.



Los dos días siguientes se fueron en conversaciones y en encuentros. Del hospital fui directamente a cenar a casa de mis abuelos, donde también me reencontré con mi tío Héctor. Todos lloraron, pero a mí me resultaba difícil emocionarme por gente que representaba apenas una llamada telefónica al año - si había tenido reservas con la actitud de mi padre, la de su familia no era mucho mejor. Sin embargo, algo hizo que no dijera ninguna de las cosas que pensaba sobre ellos: quizás el parecido físico entre nosotros, quizás la sinceridad con la que reaccionaban, quizás saber que, cuando mi padre no estuviera, ellos serían mi único lazo con esa parte del pasado y que, por más que lo negase o lo dejara de lado, nunca era del todo bueno quemar las naves. Luego de algunos pasos en falso (ellos no recordaban el nombre de Manu, yo pregunté por la esposa de Héctor, divorciado dos años atrás) y de unos cuantos silencios, la situación comenzó a distenderse y al final de la noche habíamos encontrado temas de conversación que no fueran el parte médico de mi padre o preguntas generales sobre mi vida en México.

Según se decía, yo era idéntico a mi tío Héctor cuando él tenía mi edad, y parecía cierto: nos encontramos varias veces haciendo los mismos gestos. En mis abuelos no pude reconocer los monstruos que había descripto mi madre alguna vez, incapaces de interesarse por nosotros o de subir a un avión, y siempre en contra de la actividad "subversiva" de mis padres; en cambio, encontré a dos personas arrepentidas, más que nada, de haber dejado pasar el tiempo, y que sin que yo dijera nada prometieron visitarnos en México "cuando las cosas mejoren aquí". No tenían edad para pensar en un futuro, y era

difícil que las cosas mejorasen si mejorar significaba que mi padre saliera sano del hospital, pero interpreté en aquella promesa un pedido de disculpas. Dije que todos nos alegraríamos de verlos, que Julieta siempre había querido volver a ver a sus abuelos, que para Manu, por más que no fuese pariente, sería un cambio positivo después de los problemas con su propia familia: exageraciones y mentiras, desde luego, con un fondo de verdad que apenas alcanzaba para darles consistencia. No estaba engañando a nadie, y si yo mismo había cambiado de opinión sobre ellos a lo largo de una noche bien podían Julieta y Manu desear conocer a esta gente, y bien podría mi madre, también, perdonarles tantos años de ausencia.

Vi a mi padre despierto recién a la mañana siguiente. Nuestro reencuentro transitó por todos los lugares comunes que había anticipado desde DF (lágrimas, disculpas, perdones, alguna promesa), sólo que todo fue necesario. Era extraño, como improvisar nota por nota algo que está en la partitura, como el milésimo estreno del tango del reencuentro, siempre nuevo, siempre el mismo. Pasamos el día poniéndonos al tanto de las cosas buenas, hablando de Carmen y de Julieta y del trabajo nuevo de mi madre y de Patio de Tango y de lo que faltaba para que me graduase en la universidad, de las publicaciones de mi padre y sus cátedras y sus investigaciones y sus chambas para las encuestadoras. Las enfermeras entraban cada tanto para recibir el parte de situación de alguna de las máquinas que vigilaban el estado de mi padre, o para cambiar alguna de las bolsas que lo alimentaban, pero no interrumpían ni alteraban el rumbo de la plática. Durante una mañana y casi toda una tarde fuimos un padre y un hijo que se ponían al tanto de sus novedades, lejos de Buenos Aires y del hospital. Cuando él, agotado por la charla, se quedó dormido en el medio de una frase, me permití llamar a Dolores desde un teléfono público y tomar un taxi hasta la casa: yo también necesitaba descanso.

Al fin pude subir a un taxi porteño, más grande que aquel que le había inventado a Juan de Boedo. Desde la radio cantaba una voz conocida, y me vino a la mente otra canción del mismo músico en uno de los cassettes que me había regalado mi padre, algo de "conozco esta ciudad, no es como en los diarios desde allá": Buenos Aires no era como en los diarios, las postales, los relatos, los tangos, los sitios de Internet, los mails, las imágenes prestadas que había

superpuesto a miles de kilómetros de distancia. No sé si esperaba que todo se pareciera a un barrio de tango o a los empedrados románticos que se veían en las películas, pero todo me resultó pequeño, menos definido, de colores más sucios. Mi propia memoria distorsionaba aún más la imagen: los recuerdos de alguien más pequeño, más asustado, más perturbado, mal podían construir retratos fieles. Las calles céntricas que rodeaban el hospital, en la zona de la Facultad de Medicina, se parecían al centro de DF, pero al acercarnos a la casa de mi padre en Boedo todo se hacía más tranquilo y, también, más amplio: calles vacías, sin mercados ni puestos y casi sin gente; aceras ocupadas por negocios que se proyectaban hacia afuera; baldosas en distintos tamaños y formas; demasiados árboles que se convertirían en un infierno si alguna vez había un terremoto; casas con fachadas pretenciosas venidas a menos. En alguna de esas casas pasé mis primeros meses de vida, en esa vecindad viví en 1984, alguno de esos departamentos era el de mis abuelos, pero acababa de llegar y sí era un extraño, o, como en otra de las canciones que me grabara mi padre, "un extraño conocido".

